

# El Ecosistema de Internet

*Beatriz Martínez Osete*

Internet ha revolucionado la informática y las comunicaciones como ninguna otra cosa. La invención del telégrafo, el teléfono, la radio y el ordenador modificaron la sociedad de su época, pero el gran regalo de nuestra era es internet. No solo ha cambiado la técnica, sino también nuestra manera de vivir, hasta el punto de llegar a convertirse en un medio global de comunicación hoy día cotidiano en nuestras vidas. Es complicado pensar en un día normal sin él, lo usamos para casi todo, desde hablar con nuestro amigo en la otra punta del mundo, hasta comprar los regalos de Navidad, pasando por pedir la cena sin moverse del salón. Antes si queríamos contar a nuestros familiares lo divertidas que estaban siendo las vacaciones, mandábamos una postal o si queríamos leer el periódico bajamos al quiosco de la esquina. Hoy, con un solo clic no solo podemos leer nuestro periódico, si no cualquier periódico en cualquier idioma del mundo.

En muy poco tiempo internet ha evolucionado muchísimo, ha pasado de ser aquella red militar y primitiva hasta convertirse en la gran telaraña de datos que conocemos hoy. Hasta hace no mucho tiempo internet era un simple repositorio de información donde solo los privilegiados, científicos y académicos, que entendían y manipulaban el código podían publicar y consultar; ahora todos somos partícipes fundamentales, teniendo la posibilidad de generar contenidos y comentar contenidos existentes.

Durante los últimos años de la década de 1980 y la década de 1990, internet creció hasta incluir el potencial informático de las universidades y centros de investigación, lo que, unido a la posterior incorporación de empresas privadas, organismos públicos y asociaciones de todo el mundo, supuso un fuerte impulso para internet, que dejó de ser un proyecto con protección estatal para convertirse en la mayor red de ordenadores del mundo, formada por más de 50.000 redes, cuatro millones de sistemas y más de setenta millones de usuarios.

El nuevo siglo trajo la aparición de la llamada Web 2.0, en la que el usuario dejó de ser un actor pasivo que se limitaba a la recepción de la información, para pasar a ser él quién creaba y difundía los contenidos. A partir de entonces asistimos al nacimiento e implantación de las redes sociales o los blogs, y se evolucionó hacia una comunicación interactiva y participativa. Según el estudio publicado por Martin Hilbert en Science en 2010, el 95% de toda la información existente en el planeta está digitalizado y en su mayor parte accesible en internet y otras redes informáticas.

Llegados a este punto de desarrollo, internet se puede ver como un ente con vida, algo que muta y cambia y algo a lo que adaptarse. En este contexto se habla del ecosistema de internet, que al igual que ocurre en la naturaleza tiene unos recursos finitos, es dinámico y su ciclo de vida se basa en la colaboración y la competición. Éste término implica que la adopción y el desarrollo rápidos y continuos de tecnologías de Internet pueden atribuirse a la implicación de muy diversos participantes; procesos abiertos, transparentes y colaborativos, y el uso de productos e infraestructuras con un control y propiedad diversificados.

Para la descripción de este escenario se suele representar a los participantes en eslabones, pertenecientes a una cierta cadena de valor. Atendiendo a lo que pueden ofrecer existen diversas clasificaciones, siendo la más conocida la que los divide en 5 de ellos, en función de lo que pueden ofrecer o cuál es su servicio. Podríamos hablar de los agentes que distribuyen contenidos, los que procuran un servicio online, los que sustentan la infraestructura etc.

Son estos agentes participantes los que dictan las reglas del juego y sus interacciones las que configuran el entorno, por eso cuando se habla de ecosistema siempre se acaba refiriendo a ellos. Pero en la naturaleza un ecosistema tiene muchísimos individuos y cada uno juega un papel importante para su desarrollo. Es por eso que hoy quisiera añadir un eslabón a esa cadena de internet, los usuarios. Aunque todos los demás eslabones vivan por y para ellos, y en le internet de hoy en día los usuarios sean la semilla para la creación de la información se enfrentan a un problema velado.

Si por un momento nos imagináramos internet como un pequeño mundo aparte, y trasladáramos todos sus participantes y sus complejas reglas a ese pequeño mundo, la información jugaría un papel similar al dinero en nuestra vida. Es ella la que marca la diferencia entre ricos y pobres, la que da poder y la que educa. No solo esta información es propiedad de los grandes agentes de internet, quienes en función de sus intereses pueden modelarla a placer, sino somos las propias personas de la calle, los usuarios habituales quienes con nuestros actos contribuimos a difundirla e interpretarla.

En esta sociedad de información, los usuarios, el eslabón más débil, nos enfrentamos a un irónico problema, la desinformación. Este concepto es mucho más antiguo que internet y si buscamos su definición por ejemplo, según la Real Academia de la Lengua es "dar información intencionadamente manipulada al servicio de ciertos fines, o dar información insuficiente u omitirla". Esta desinformación podría venir de muchos frentes, desde un rumor hasta en el extremo gobiernos y medios de comunicación. Este peligro que siempre ha existido, en la revolución de las redes sociales y la globalización de internet alcanza una dimensión mayor.

Pensemos por un momento en una de nuestras redes sociales habituales, cada usuario puede entrar leer contenidos, dar opiniones, compartir noticias, videos etc. Esto que a priori es beneficioso y nos ayuda a conocernos y compartir experiencias, implica que aquellas personas que efectivamente hacen uso de la posibilidad de dirigir contenidos a los demás miembros de la red, pueden en realidad ejercer algún grado de influencia sobre ellos con la posibilidad de encauzar sus acciones. También podríamos en este caso hablar de desinformación de otros usuarios.

Otro ejemplo sería el típico de buscar información en páginas web, pongamos información sanitaria, el número de resultados que dicen contener el mejor remedio para tal enfermedad es realmente abrumador; de hecho un estudio reciente afirma que un 48,3% de los usuarios de internet confesaban la utilización de Internet como fuente de información sobre temas de salud. Conviene preguntarse en este caso que información de la que aparece es realmente veraz.

Fijándonos en las noticias online de cualquier medio de comunicación, sin entrar en el sesgo de información y en su interés particular, ¿qué ocurre con estos enlaces de periódicos y revistas? A veces se leen sin compartir, pero a menudo, se comparten en redes sociales sin leer, como apunta el artículo de de Adrienne Jeffries en "The Verge".

Esto ocurre porque según los usuarios el titular resume bien el artículo, porque aporta un dato interesante, o porque la imagen que acompaña a la noticia es divertida.

Esta difusión fácil provoca que compartamos noticias que realmente no conocemos y puede provocar un efecto mariposa. Cuantas veces no se han creado los famosos "trending topic" alrededor de cierta noticia, evento o persona, sea real o no, con la consiguiente posible desinformación que supone el entrar a leer lo que ha pasado.

Es cierto que en toda interacción existe el riesgo de una comunicación malintencionada, mal informada o equivocada con el potencial de generar efectos no deseables, de hecho, la cobertura de las redes sociales en Internet, la facilidad para la publicación de contenidos anónimamente y sin regulación aumentan dicho riesgo. Es más, el peligro aumenta si se considera el menor interés de los usuarios en someter a juicio crítico las informaciones que reciben, en especial cuando están insertas en redes sociales a las que se han incorporado voluntariamente, y en las que se han puesto en contacto con personas que pueden llegar a ser un referente confiable.

Se produce entonces una paradoja, la propagación de información no asegura el crecimiento del conocimiento, lo que luego redundará en una menor libertad a la hora de tomar decisiones. Este es un problema que se radica en la dificultad, que incluso los usuarios con afán de estar bien informados, tienen en evaluar la veracidad de las informaciones en una página web y su contenido.

Muchas veces lo anterior se ve agravado cuando los generadores de contenidos intentan dar la sensación de autenticidad y seriedad por medio del diseño de los sitios web en los que publican, ya que por medio de efectos visuales se pretende dar apariencia de legitimidad a contenidos inventados o falsificados, apoyándolos incluso con vínculos hacia supuestas referencias fiables. Si a lo anterior se agrega la posibilidad de anonimato, se puede desprender lo sencillo que resulta la mezcla de datos reales y verosímiles con otros que son lisa y llanamente falsos o descontextualizados.

Todo esto que parece una montaña de datos y estadísticas abrumadoras es solo el reflejo de la sociedad de este siglo. Igual que el mundo cambia, tenemos que cambiar con él. Esta desinformación es solo el resultado de la interacción de millones de personas, siempre ha existido, solo que ahora es más fácil caer en ella. Esta enorme interacción no es mala, simplemente hay que ser consciente de sus consecuencias y saber protegerse. Por tanto es necesaria una implicación por parte de todos para disminuir esta desinformación. Una participación activa y responsable en las redes sociales, así como la concienciación de todos para ser críticos con la información que manejamos son las claves para sobrevivir en esta maraña de información que es hoy en día la web.